

En el homenaje a Fernando Buesa y Jorge Díez

Lo que hoy nos convoca aquí y ahora es la memoria de Fernando Buesa y de su escolta, Jorge Díez, asesinados un 22 de febrero del año 2000.

Con esos asesinatos Eta atentaba contra la democracia. Su objetivo era doblegarla e imponer a la sociedad vasca un modo de ser inspirado en arcanos totalitarios.

Pensaron aprovechar la fragilidad formal de una democracia -frágil porque todo lo fía al poder de la palabra- haciendo valer el fuego de las pistolas. Trocando la autoridad de la palabra por el poder de las armas, los terroristas lanzaban un torpedo contra toda forma democrática de convivencia, abogando, en su lugar, por un espacio público, Euskadi, conformado con criterios étnicos. La indiscutible pluralidad de la sociedad vasca tenía que organizarse y hasta jerarquizarse en función de sedicentes "valores" biopolíticos ajenos a la voluntad soberana de sus ciudadanos.

2. Ese anacrónico proyecto político ha sido derrotado por la democracia de la palabra libre. La fortaleza del Estado de Derecho, la eficacia policial, un creciente hartazgo de la sociedad y el coraje cívico de algunos pocos, entre ellos muchos de vosotros, ha obligado a la organización terrorista a levantar los brazos, anunciando el adiós a las armas.

Estamos viviendo un momento epocal. No se trata sólo de cambiar el guión político de un proyecto partidario por otro. El cambio consiste en abandonar el asesinato como instrumento político. Y eso no es poca cosa. Es pronto para saber si en esa decisión ha pesado, además de su derrota en el campo de las armas, el reconocimiento de la dignidad humana y de la inviolabilidad de la persona. Lo cierto es que los violentos han abierto una puerta que o les conduce a ese reconocimiento o les retrotraerá a la barbarie de una pandilla de mafiosos.

Momento epocal, digo, y además crucial pues si, por un lado, es mucho lo que podemos aprender y crecer, es también mucho, por otro, lo que podemos perder si esa reserva de sentido almacenada en la experiencia de sufrimiento de tantas víctimas, la hacemos inservible.

El filósofo alemán Ernst Bloch decía que "cuando se acerca la salvación, crece el peligro": nunca pelagra tanto la vida del náufrago como cuando se aproxima a la orilla. Si pierde la tensión que le ha tenido a flote hasta ahora, si piensa que ya todo está hecho, si se abandona a la corriente, corre el peligro de que le fallen las pocas fuerzas que necesita para ponerse a salvo.

Ese peligro se cierne, en este momento de esperanza, sobre el País Vasco. El terrorismo ha alterado tan profundamente la convivencia, sembrando su geografía de

mueritos y "socializando el dolor" - por cierto, una de las frases más despiadadas jamás pronunciadas pues contraviene la tradición humanitaria que habla de aliviar el dolor o de compadecerle- que acecha la tentación de volver la espalda al pasado y de pasar página; de pagar con el precio del olvido o de la prisa la tranquilidad de una vida "normalizada", "pacificada".

Si cayéramos en esta tentación, naufragaríamos, precisamente cuando la salvación está al alcance de la mano.

Estamos hablando de salvación, esto es, de la posibilidad de un salto cualitativo en la forma de convivencia. Ese salto es posible si hacemos valer las reservas de sentido depositadas en la experiencia de tantos ciudadanos de este país en los años de plomo.

La activación de esa reserva es responsabilidad de la memoria, de la "memoria de las víctimas", una frase breve, una forma sincopada de referirse a la muerte, a la tortura, al secuestro, a la extorsión, al miedo o al exilio de muchos. Eso conforma una rica y variada experiencia que puede ser muy valiosa para los demás, ahora, y para todos los que nos sucedan, después.

No se trata, por tanto, sólo de invocar la memoria para cumplir con un deber de solidaridad con las víctimas y de esa manera aliviar el desamparo en el que han tenido que vivir estos años pasados.

La memoria es un deber, pero por y para la sociedad. La memoria de la barbarie terrorista es la tecla que hay que pulsar si queremos romper con una lógica política que consiste en construir la historia sobre las espaldas de los más vulnerables. Esta no la ha inventado pero la ha radicalizado al convertir el crimen en estrategia política. El salto cualitativo en la convivencia depende de si somos capaces de acabar con esa lógica de la impasibilidad que ha despreciado el significado del sufrimiento de los otros.

Pero ¿por qué la memoria del sufrimiento tiene tanto valor político? No parece lógico que haya que reconocérselo. De hecho no se lo damos. Cuando hablamos de valores políticos hablamos del progreso, o de la libertad-igualdad-fraternidad, del pleno de empleo, del valor del trabajo y hasta de la justicia, aunque ahora ande de capa caída.

Pues bien, como de hecho no le damos valor político a la memoria, convendría aclarar por qué la experiencia del sufrimiento es un valor político. ¿No debería serlo más bien la experiencia de bienestar? ¿no debería ser el sufrimiento la cruz de la vida, la negación de su sentido? ¿qué sentido puede guardar la experiencia del sufrimiento?

Para responder a esas preguntas, hay que dar un paso atrás y hacer el recuento de los daños que ha causado la violencia terrorista etarra. Ese desglose es importante puesto que nos permite tomar conciencia de la complejidad del fenómeno terrorista, de la naturaleza de una violencia que no mata por matar, para comer, por odio, por venganza o porque esté en guerra. Utiliza, más bien, lo más serio de la creación, la vida humana del otro, como un medio -como un "argumento"- al servicio de unos fines

políticos, declarados por el nacionalismo radical, superiores a la existencia humana. Esa es su originalidad. El terrorismo degrada al ser humano, entronizando en su lugar ideas o ideales indiscutibles y tan superiores que por ellos matan. La patria vasca emerge como el valor máximo destinado a destronar la humanización del mundo.

Conocemos ese juego de figuras redentoras venidas a ocupar el lugar de la vida humana, del vivir humanamente. El racismo sustituyó la vida humana por la raza; el estalinismo por la revolución soviética; el hitlerismo o el falangismo por el hombre nuevo; el terrorismo etarra, por el patriota.

Si queremos descifrar el significado real de esos sueños redentores, hay que fijarse en el precio que se cobran, en el costo social y humano que conlleva su realización. Pues bien, si nos atenemos al terrorismo etarra constatamos, en primer lugar, que ha producido muertes como las de Fernando Buesa y Jorge Díez. Más de ochocientos asesinados. Son daños irreparables, irreversibles, sin contar la victimación de sus próximos. Son injusticias que piden justicia, aunque no sepamos cómo responderla.

También ha encanallado la vida social dividiendo el barrio, el pueblo, las asociaciones de cualquier tipo, entre los que festejan el crimen y quienes lo lloran. Hasta ahora conocíamos otras formas de división de la sociedad: en clases, por ejemplo; entre pobres y ricos o por culturas o religiones...pero la fractura que provoca el terrorismo es más honda porque no atenta a la justicia social, sino a la humanidad de esa sociedad. Una sociedad que ha generado y sostenido durante tanto tiempo tantas muertes, es una sociedad que no está bien. Digo que el terrorismo ha encanallado la vida social dividiéndola y, además, empobreciéndola. Se ha privado, en efecto, de hombres buenos y justos, como Fernando Buesa y Jorge Díez, se ha privado de lo mejor de los hombres malos porque han pasado a ser delincuentes; se ha privado de los que han emprendido el camino del exilio exterior o interior, un dato este del exilio a tener en cuenta cuando se hable de acercamiento de los presos: ¿cómo se acerca al exiliado? No hay mejor antídoto contra el patriotismo, el abertzalismo, que la figura del exiliado, es decir, la experiencia de quien es expulsado de una patria que confunde ciudadanía con valores inanimados como ser de la misma sangre, de la misma etnia o de la misma tierra y vuelve a su tierra consciente de que, aunque uno tenga su casa, es mucho más que su casa. El exiliado sabe que uno tiene su casa, es decir, nace en el seno de una comunidad que tiene una lengua y unas tradiciones y unos gustos muy determinados y determinantes; pero esa misma persona, enraizada en un tiempo y lugar, ha hecho la experiencia de que uno es más que su casa pues puede aprender otras lenguas, transterrarse y cambiar de costumbres o de religión. La experiencia del exiliado pone al descubierto los límites del nacionalismo.

El terrorismo ha finalmente atacado la humanidad del autor de la violencia -tomo aquí la autoría en su sentido más amplio, incluyendo en ella a los que diseñan,

justifican y ejecutan el crimen. También a los que le jalean, a los que miran a otro lado o con su indiferencia permiten que el crimen se repita.

Es Primo Levi quien dice que "destruir al hombre es difícil, casi tanto como crearlo". No es fácil ni breve. El hombre está hecho para vivir. Para llegar a la conclusión de que el otro tiene que morir, hay que andar un largo camino o, mejor, hay que desandar y renunciar a valores y conquistas humanitarias que han costado mucho. Detrás de cada crimen hay una larga marcha atrás hacia la deshumanización.

"Matar a un hombre es matar a un ser humano y no defender una doctrina" decía el humanista Castelio al tirano Calvino. Y no se mata impunemente a un ser humano porque es mucho lo que muere cuando se mata.

Si algo revela el estudio del proyecto nazi de exterminio de judíos, gitanos u homosexuales, es que la deshumanización alcanza al que toma la decisión de matar y al que interviene en cualquiera de los momentos de su ejecución. Ese aspecto lo recoge bien el escritor Jorge Luis Borges en su relato *Deutsches Requiem*. Aquel oficial nazi que va a ser ajusticiado reconoce que mataba inocentes para matar la compasión que a veces renacía en él. La compasión, él no podía permitírsela. El precio del asesinato es la propia deshumanización.

Este daño que el terror provoca en sus responsables no se borra ni con el abandono de las armas ni siquiera con el cumplimiento de la pena que el derecho penal prevé para el delincuente. Ese daño es la señal o muesca que deja el crimen en el rostro del criminal. Es la culpa, la *señal* de *Cain* que hay que distinguir del delito porque remite a tipos de daños que no están tipificados como delitos.

Todos estos daños -a la víctima, a la sociedad, a sí mismo- sobreviven al adiós a las armas y están y siguen ahí mientras no sean elaborados uno a uno. En *El Proceso* de Kafka se cuenta la condena de un inocente, Josef K. Cuando le ejecutan, comentan sus asesinos que murió "como un perro". Pero no era un perro porque su muerte ignominiosa, se apresura a escribir el narrador, "fue como si la vergüenza le hubiera sobrevivido". La sangre del inocente persigue a sus asesinos llenándolos de vergüenza, pero también a nosotros si no vemos en el asesinato a una víctima que pide justicia.

Evocábamos al principio la frase de Bloch "cuando se acerca la salvación, aumenta el peligro". Lo que está en peligro de perderse en este momento es la conciencia de esos daños que ha causado la violencia y que se pueden ir por el sumidero de la historia si decidimos acelerar los tiempos y evitarnos complicaciones.

Esos daños son como las preguntas cuya respuesta suministra al naufrago la fuerza suficiente para llegar a la orilla.

La sociedad vasca se encuentra en este preciso momento en el que Eta ha anunciado su renuncia a la violencia armada en una situación de máximo peligro y de la mayor esperanza. Corren tiempos del máximo peligro porque si pagamos el alivio de no

sentirnos ya amenazados con la moneda del olvido, entonces ¿qué impediría que estos u otros volvieran a las pistolas si basta dejar de matar para que todo se olvide?

Esta espiral, que ha dominado la historia y que ha contado con todo tipo de complicidades, ya no se sostiene, porque las víctimas se han hecho visibles. Sólo podemos pensar en una sociedad sin violencia si tomamos muy en serio la violencia que ha tenido lugar.

Es un momento de peligro porque el olvido cuenta con muchos aliados. Por supuesto, los inspiradores o herederos políticos de los violentos que acaban de descubrir la rentabilidad de los votos: También todos los que asocian progreso con futuro y decadencia con memoria; pocos políticos están convencidos de que el pasado sea una reserva de sentido buena para la construcción del futuro. Se quedan en el cultivo de la memoria por deber, por imperativo moral, pero no por sentido político. Tampoco hay que confiar en quienes han utilizado la memoria de las víctimas como ariete político para desgastar al adversario. Podrían volver la espalda al pasado si las circunstancias lo aconsejan. Sin olvidar, finalmente, que la memoria es siempre peligrosa. Siempre complica las cosas porque abre heridas dolorosas. Por eso es un momento de peligro.

Y, también, de la mayor esperanza porque hay en estas experiencias de sufrimiento exigencias fundamentales para un planteamiento moral de la política, que no encontraríamos en otro lugar.

¿Cuáles son esas enseñanzas? No es el momento para desplegarlas, pero señalemos al menos estas tres: en primer lugar, que hay daños irreparables que, aunque irreparables, no renuncian a que se les haga justicia, empezando por esa forma de justicia que es la memoria de los daños irreparables. Es una forma modesta de justicia pero sin la que es imposible hablar de justicia de cualquier otra manera.

En segundo lugar, que la figura jurídica del delito no agota los estragos reales del terrorismo. Hay daños sociales y políticos que no están tipificados como delitos, pero son injusticias a las que los culpables tienen que hacer frente. Me refiero a la división y empobrecimiento de la sociedad.

Hacer justicia a esos daños sociales obliga a hablar de superación de la fractura social y también de recuperación para la sociedad de quienes fueron obligados a abandonarla. La fractura social no se suturará sin la recuperación para la sociedad de la víctima, por el camino del reconocimiento de su ciudadanía, y del victimario, una tarea que incumbe al victimario mismo pero también al resto de la sociedad. Hay que distinguir entre el crimen y la criminalización de la persona que le comete. Todo el mundo es más que una acción determinada y cabe esperar de él que se distancie de su propia acción y que pida a la víctima la oportunidad de demostrar que puede comportarse de otra manera con ella. Ese distanciamiento de su propia acción y la solicitud a la víctima de que se le ofrezca una segunda oportunidad ¿no son acaso formas cívicas de hablar de arrepentimiento y de solicitud del perdón?

Finalmente, el valor político del sufrimiento de las víctimas. Semprún, en su testamento espiritual, nos invitaba a visitar el campo de concentración porque de esa terrible experiencia nació la idea de una Europa unida. La memoria del terror nazi y del estalinista que se concentraron en el campo de Büchenwald debería ser la fuente de una forma de convivencia entre europeos que acabara con la secular beligerancia entre las naciones de Europa. La recomendación vale a escala nacional. La experiencia de sufrimiento que ha tenido lugar en este país debería ser una reserva de sentido para, por un lado, cancelar lo que nunca debió suceder y para abrir, por otro, una etapa en la que la convivencia se construya sobre lo que sin embargo ocurrió. Memoria de lo que nunca debió suceder y construcción del futuro sobre lo que sí ha ocurrido. Esa es nuestra tarea porque como dice Machado, en *Campos de Castilla*: "ni el pasado ha muerto, ni está el mañana -ni el ayer- escrito".

Reyes Mate

Vitoria, 22 de febrero del 2012